

Introducción a los ensayos psicológicos de Paul Goodman

Taylor STOEHR

Cuando Freud murió el 23 de septiembre de 1939, Goodman escribió: “En muchos de mis escritos pongo este prefacio: ‘En memoria de Sigmund Freud: no para robar a los muertos y con amor’”. Freud fue su maestro y su inspiración, incluso más aún que Aristóteles o Kant, los otros héroes de la inteligencia de su panteón. Sus novelas y escritos no podrían haberse escrito antes del psicoanálisis: su crítica social era una “psicopatología de la vida cotidiana”, sus “ensayos utópicos” eran un manual de técnica terapéutica.

Mucho antes de que se interesara profesionalmente por la psicoterapia, Goodman estaba convencido de que los problemas de la vida debían resolverse de la misma manera que se resuelven los problemas del arte. Lo que Freud le enseñó es que el arte y la vida están enraizados en la naturaleza humana misma y él le dio un lenguaje para hablar de esto: “En tanto que escritor, no aplico los hallazgos de la psicología, sino que escribo cómo experimento, y fui educado para experimentar psicológicamente”.

“Experimentar ‘psicológicamente’” podría llevar a sorprendentes desarrollos. Recuerdo haberle oído decir una vez, para gran perplejidad mía, que se masturbaba a menudo con *La interpretación de los sueños* abierta ante él:

“¿Qué?... Oh, quiere decir las historias de los casos, una especie de voyerismo...”

“No, no ¡las ideas!” dice con esa mirada de pillo y llena de alegría que tenía, “¡las ideas me calientan!”.

Al principio, yo no le creí, pero contaba la misma historia a los demás, debía por lo tanto tomármelo en serio. “Los sueños son la vía real hacia el inconsciente”: ideas como esta le hacían literalmente empalmarse.

Sería posible decirlo con más decoro, a saber “la idea del inconsciente ponía fuego en su imaginación”, pero nunca podremos comprender el poder de Goodman Psicólogo si empezamos siendo educados donde a él le gustaba impresionar. No se puede dudar del hecho de que le gustaba enormemente ser provocativo, pero por

encima de todo, tenía la intención de mirar los hechos de frente y de disfrutar si podía. Y, precisamente, ¿de qué iba a haber tenido vergüenza?

El problema con Freud era que *él* quería allanar algunos hechos embarazosos, incluso aunque hubiera sido él el primero en haberlos revelado. Consideremos por ejemplo este pasaje sacado del *El problema de la angustia*:

“Separar el Yo del Ello parece justificable, y vamos a ver aquí, es cierto, que está forzado por algunos descubrimientos. No obstante, por otra parte, el Yo es idéntico al Ello y no es más que una parte especialmente diferenciada. Si en nuestra reflexión, oponemos esta parte al conjunto, o si una verdadera disyunción de los dos se produce, entonces aparece la debilidad de este Yo. No obstante si el Yo permanece unido al Ello y es indiscernible de él, entonces es su fuerza lo que aparece”.

Goodman juzgaba que este insight era una de las mayores contribuciones de Freud a la teoría del self y utilizó este pasaje para empezar su “novela de guerra”, *The State of Nature*, en la que sostiene que la caída del universo hobbesiano ha sido durante mucho tiempo preparada por un orden social que solo celebraba el Yo y reprimía el Ello. Después de Freud, el punto de vista de Goodman era que el Ello y el Yo es una falsa dicotomía que lleva al agotamiento de la fuente de la espontaneidad, a la pérdida de los poderes intelectuales, a la relajación de los lazos fraternales.

Pero según Goodman, Freud tenía miedo de su propio insight y no podía aceptar las consecuencias. Freud estaba dispuesto a fiarse de la pulsión, pero sólo en los terrenos de la infancia y del arte; en el resto de la vida, era necesario que los instintos fueran gobernados y sublimados. La civilización dependía de ello. Goodman lo imaginaba diciendo: “Por lo menos el sistema actual da tal vía de descarga a sus instintos agresivos, que no se destruyen entre ellos por completo”. Pero Goodman continúa: “Están *ya* haciendo la guerra, organizados en un sistema para destruirse totalmente entre sí”. En consecuencia, Freud encontró necesario descubrir la “pulsión de muerte”; esto era hacer frente a los hechos demasiado tarde, cuando no quedaba ninguna elección salvo la desesperación. Es mejor adoptar nuestra naturaleza humana como fuente de nuestra fuerza y no como aquello a lo que quedamos reducidos.

Goodman leyó mucho a Freud, en el instituto y durante sus primeros años en el City College, y continuó sus lecturas sobre la teoría psicoanalítica durante todos los años treinta: Otto Rank, Georg Groddeck, Karl Abraham, Harry Stack Sullivan. Durante la guerra, la orientación de su propio pensamiento psicoanalítico era clara, aunque el descubrimiento de los escritos de Wilhem Reich no fue tanto un momento

crucial como un momento de reconocimiento de sí mismo en esta carrera. Por encima de todo, encontraba en Reich la confirmación de su propio estilo de vida, de la elección que había hecho en alguna parte a lo largo del camino, para vivir a la escucha de su pulsión más profunda y yendo a donde ésta le llevaba. Freud, tal como él le leía, justificaba esta práctica, pero Reich conseguía mejor hacer de ello una ciencia.

Goodman fue quizás el primero de los intelectuales neoyorquinos en “descubrir” a Reich, cuya *La función del orgasmo* casi pasó desapercibida cuando fue publicada por el Orgon Institute Press en 1942. Aunque Reich vivió en New York, era desconocido fuera de los círculos analíticos. Goodman lo encontró hacia finales de 1944, cuando hizo la crítica a *The Problem Teachers* de A. S. Neill para el *New Republic*. Durante los meses siguientes, aparecieron dos trabajos principales de Reich: *La revolución sexual* y *El análisis caracterial*, mientras que un tercero, *La psicología de masas del fascismo* circulaba como prueba y estaba programada para el año siguiente. Goodman las leyó inmediatamente, tanto *La función del orgasmo* como las apariciones anteriores en el *Journal of Sex Economy*.

Goodman acababa de escribir *Communitas* con su hermano Percival, y estaba a la mitad de *The May Pamphlet*, su manifiesto anarquista. Acababa de ser enviado a un puesto de profesor en una pequeña escuela progresista (por haber tratado de seducir a los estudiantes) y era célebre en estos círculos que le conocían como invertido y dedicado a “buscar”. También la insistencia de Reich sobre la liberación de la sexualidad de los niños y los adolescentes, y su relación “del potencial orgásmico” con el comportamiento político, eran los temas de interés cotidiano para Goodman. Empezó a escribir sus propios ensayos psicoanalíticos, utilizando a Reich como trampolín.

El más importante de estos ensayos fue “The Political Meaning of Some Recent Revisions of Freud”, que Dwight MacDonald publicó en *Politics*. Allí oponía las dos principales ramas de la teoría postfreudiana, la psicoterapia social de Erich Fromm y de Karen Horney contra la economía sexual de Reich. El fracaso de la ideología radical en aportar un punto de adhesión para los intelectuales durante la guerra, dejó el campo abierto, después de ella, para el psicoanálisis, y cada escuela psicoanalítica estaba ocupada en desarrollar su explicación de la segunda guerra mundial. Reich llamó a Goodman y a sus amigos anarquistas (muchos de ellos se volvieron rápidamente pacientes de Reich) porque tenía una teoría sobre la guerra, el fascismo y sobre los políticos que parecía encajar con su propio análisis. Esto llamaba más la atención que la noción estática de “personalidad autoritaria” puesta en primer término por el otro campo

principal. Según Goodman, los revisionistas freudianos como Fromm y Horney estaban simplemente preparando la vía a la “Sociolatría” futura, censurando todo de los nazis patológicos mientras mantenían su propio “ideal de ‘ajuste’, lo que quiere decir esterilización e higienización del instinto en interés de la ciudadanía”. Sólo Reich parecía ver que “la cura no podía depender simplemente de la palabra, de la revivencia del afecto y de su reconsideración, sino que debía también desembocar en el comportamiento práctico, y en consecuencia inducir un cambio de los roles sociales con el fin de hacer este tratamiento curativo posible”. Es lo que Goodman llamaba “la psicología de la revolución”.

Su ensayo fue inmediatamente atacado por C. Wright Mills y Patricia Salter en una réplica sarcástica titulada: “*La barricada y el dormitorio*” (*The Barricade and the Bedroom*) en donde el “concepto de libertad” de Goodman era tratado como “gratificación de protoplasma”. Es muy cierto que hacía tiempo había mantenido opiniones que justificaban su propia pansexualidad, pero acusarle simplemente de adaptar su teoría a su práctica no era un argumento contra él. Mills, y de manera más general los marxistas de izquierdas, vieron en Goodman un *enfant terrible*, brillante pero salvajemente perverso, intoxicado con los vicios del individualismo burgués (político personalista, desviación sexual, arte manierista), sin tener el buen sentido de apreciar la vida standard que los demás consideraban como adquisición. Los exmarxistas doctrinarios reunidos en torno a la *Partisan Review* estaban aún más agitados y le habían puesto en la lista negra. En 1940 y 1941, había sido uno de sus pupilos; a pesar de eso decidieron atacarle públicamente. “Pero si Goodman ha leído mal a Freud, Freud siempre lo leyó correctamente; en muchas ocasiones, Freud expresó la inquietud de que su teoría, debido a la predominancia dada al sexo, pudiera ser degradada y conducida al sensacionalismo por aventureros intelectuales y playboys”. Y en privado, como creía Goodman, Delmore Schwartz y Phil Rahv habían emprendido una “campaña de rumores sobre mi pasado”.

La protesta general de los guardianes de la moral pública había convencido a Goodman de que estaba en el buen camino, según su “piedra de toque para el programa libertario” en “*The May Pamphlet*”. ¿Nuestro programa entraña un gran número de esos actos y palabras por las cuales precisamente las personas van a ser arrojadas a la cárcel?” Si no lo fueran, el oprobio público se volvería el mejor test. Y después de esto, la censura. Durante el verano de 1945, dos revistas nacionales, el *New Republic* y el *Common Sense* habían pedido a Goodman hacer la crítica de los libros

nuevos de Reich e, inmediatamente, se negaron a editarla. El *New Republic* explicó: “No podemos exponer a nuestros lectores tales opiniones ni siquiera con su autoridad” y el *Common Sense* incluso no quiso devolverle el manuscrito (continuaron con el proceso y lo perdieron). Goodman tenía amigos en la revista *View* que publicaron “tales opiniones”, sobre todo desde que estaban prohibidas, pero no eran los lectores de *View* los que necesitaban encapricharse con la “Revolución sexual”.

Si los políticos de izquierdas se oponían a introducir el sexo en la revolución, los abogados de la revolución sexual también estaban consternados por el apoyo tumultuoso de los políticos anarquistas. Finalmente el mismo Reich telefoneó a Goodman y le pidió que fuera a su laboratorio de Queens, donde le pidió que no asociara su obra con tales esquemas utópicos y locos. Esto dio a la Orgonoterapia una mala reputación. Estaba también preocupado por uno de sus amigos, Neil. Summerhill, que había luchado también por su propia reputación (injustificada) de permisividad sexual; Reich ya no quería ser responsable de una reputación anarquista. Con seguridad, Goodman no le prestó atención: “Verdaderamente, Dr. Reich, ¿qué puede hacer usted si nosotros, joven generación, le consideramos como anarquista o no?”

El verdadero problema es que Goodman había empezado a construir su Reich personal, como había hecho con su propio Freud, hecho de ideas que él necesitaba para su crecimiento y su desarrollo. Las grandes ideas científicas, creía, volvían habitualmente a tomar en serio algún fenómeno universal ordinario, como los sueños, las variaciones en una especie o también la caída de los cuerpos. Una de las grandes ideas de Reich era estudiar el orgasmo y su función, o más bien el fracaso de su función. Descubrió que la privación sexual conduce a la neurosis, no solamente por medio de los caminos vecinales ortodoxos de la psique enferma (castigo, miedo, represión, culpabilidad), sino directa y simplemente como resultado de la miseria corporal.

Freud había hecho sitio a una etiología de este tipo en su distinción entre “neurosis actual” y “psiconeurosis”. Reich va a proponer que “la angustia de la realidad” alimenta continuamente la psiconeurosis y que la llave del tratamiento va a ser entonces la restauración del potencial orgásmico.

Todo lo que admiraba Goodman en Reich venía de su insistencia en tener en cuenta las maneras en las que sufre el cuerpo, se retira y puede ser liberado de la prisión fortaleza que él mismo ha creado. Había otras cosas que aceptaba de la psicología reichiana, por ejemplo el acento puesto sobre el carácter neurótico. Estaba

también dispuesto a dejarse convencer por la metafísica: “¡Espero que verdaderamente haya descubierto una nueva forma de energía cósmica acumulable en las cajas!”, pero Goodman solamente estaba realmente interesado en el aspecto de Reich que le ayudaba a dar cuerpo a sus propios puntos de vista. La teoría reichiana le servía para argumentar su principio: “Consultad Vuestra Pulsión más Profunda”, y le ofrecía también nuevos medios de actuar.

A principios del año 1946, Goodman se sometió a una terapia reichiana con Alexander Lowen, un joven estudiante de Reich que, por pura coincidencia, había ido a la escuela con Goodman. “Sumiso” no es exactamente el término apropiado, ya que Lowen se acuerda de que su paciente no aflojó nunca las riendas. Sin embargo Goodman pretendía haber aprendido mucho de estas sesiones realizadas en una habitación de hotel sin calentar, en Greenwich Village. La técnica de Lowen era la vegetoterapia bastante ortodoxa. Los reichianos nunca desperdiciaban mucho tiempo en discusiones inútiles; Goodman aprendió como inducir una vibración involuntaria o un escalofrío en partes de su cuerpo al someterse a esa obligación. Pero explorando las imágenes y las asociaciones que llegaban a la superficie, conducía a Lowen a una alegre persecución, y no le decía nunca la mayor parte de sus descubrimientos, consignándolos solamente en páginas y páginas de notas que no enseñaba a nadie. Brevemente, estaba “más o menos” en terapia con Lowen, aprendiendo la lengua reichiana del cuerpo y estaba dedicado secretamente a un autoanálisis.

Acordándose de su experiencia en la perspectiva del final de los años sesenta, Goodman elogia la invención reichiana “de un yoga práctico en términos familiares occidentales y sin drogas, de tal manera que es posible escuchar sin omitir, sin perder la mente, pero con seguridad sin conflicto ni sufrimiento”. Pretendía haber conseguido “grandes beneficios a la vez desde un punto de vista físico y emocional”, y esto después de una terapia de sólo cuatro o cinco meses. Algunos años más tarde, cuando empezó su propio trabajo como terapeuta, adaptó a veces técnicas similares a los objetivos gestálticos.

Aprendió mucho de sus diversos contactos con los reichianos: que la “psicología de la revolución” parecía un poco estéril a la larga, adaptada a las necesidades del momento (“Las personas poderosas orgasmáticamente no toleran la autoridad o las formas industriales en boga”), pero era lo bastante rica como para encerrar las alternativas para la naturaleza humana después de “la liberación instintiva”.

El enfoque de Reich consideraba el self de manera muy aislada, por ejemplo “el-self-de-cuepo”, fuera del contexto de la familia, de las circunstancias, del trabajo, de la vida política, etc. En la historia del psicoanálisis, la desviación manifiesta del trabajo precoz de Reich iba hacia un reconocimiento más grande de este contexto, pero después de 1946 se desvió de una manera permanente hacia la orgonomía, un impasse para la psicoterapia, con lo que pudiera tener de importante para una medicina cósmica. La siguiente etapa de Goodman le llevará lejos de Reich, hacia la reformulación del “self como proceso de estructuración del campo organismo-entorno”. Esta era la Terapia Gestalt que llegaba de Africa del Sur, en la persona de Fritz Perls y la de Lore Perls.

Los Perls habían tenido una formación muy amplia en psicoanálisis, incluso algún trabajo con el mismo Reich y con los psicólogos de la Gestalt Gelb, Wertheimer y Kurt Goldstein. También conocían el Yoga y el Taoísmo antes de que estuviera de moda. Lore había integrado técnicas de toma de consciencia del cuerpo en su estilo de terapia a finales de los años treinta y al principio de los años cuarenta, no tanto bajo la influencia de Reich sino por su propia experiencia en gimnasia rítmica y danza moderna. El primer libro de Fritz Perls, *Yo, Hambre y Agresión*, es un buen ejemplo de su eclecticismo (ya que copia todas estas influencias) y también de su genio de colaboración, ya que el libro es resultado tanto del trabajo de Lore como del suyo, aunque el nombre de Lore no aparezca en su tapa.

En el momento de emigrar, el enfoque gestáltico se había vuelto aún más central en el pensamiento de Perls, y Fritz tenía un manuscrito de 100 páginas que esperaba una nueva formulación. Además, su aptitud real para la técnica había producido un practicum lleno de ejercicios como los esbozados en la segunda mitad de *Yo, Hambre y Agresión*. Llegó a New York buscando nuevos colaboradores y proyectando siempre el establecimiento de su propia escuela de psicoanálisis.

Los Perls habían leído los artículos de Goodman en *Politics* cuando estaban todavía en Capetown. Fritz fue a verle a su apartamento sin agua caliente de la novena avenida, y después de haberle conocido un poco, le ofreció 500\$ por transformar su manuscrito en libro. Vieron rápidamente que tenían necesidad uno del otro. Perls detestaba escribir, vacilaba y era incapaz de hacerlo, pero estaba lleno de ideas. Como no le importaba de dónde venían sus ideas de genio, era indiferente a la manera en que podían ser transformadas en manos de un colaborador. Estaba orgulloso e impaciente por establecerse una reputación, pero se sentía desprovisto de la compulsión a abandonar su empresa a sus intuiciones. Goodman estaba también lleno

de ideas, aunque de una manera bastante diferente. Ahí donde Perls veía las cosas en términos de técnica o de metodología, Goodman tenía una formación filosófica y poderosos dones literarios que le permitían centrar las implicaciones teóricas. Encontraba además fácil trabajar con las ideas de otros, sobre todo desde que como escritor, las había hecho suyas por completo. Su idea de ser coautor, por ejemplo en su trabajo con su hermano, era simplemente discutir del tema y después escribir sus propias opiniones nuevamente alimentadas y energizadas. El resultado se lo enseñaba a su colaborador, lo revisaba en consecuencia y después lo publicaba.

La obra se atascó de golpe en el otoño y el invierno del 49 y la primavera del 50, pues, sin haber tenido necesidad de frecuentes discusiones sobre el tema del libro, estos dos inventores de la Terapia Gestalt se evitaron probablemente el uno al otro. Perls era demasiado oportunista para Goodman; Goodman demasiado homosexual y picajoso para Perls. En el momento en que acabaron el libro, eran adversarios.

Durante este período, Goodman había empezado una terapia con Lore Perls y mantuvo su propia relación con ella a pesar de las fluctuaciones con Perls. Desde su vegetoterapia, Goodman había continuado trabajando su autoanálisis, haciendo ejercicios reichianos y vertiendo en un papel sus sueños y sus asociaciones libres. Su familia se acuerda todavía de las sorbidas de mocos y los gemidos que provenían de la pequeña habitación que utilizaba como “despacho”. Aunque no reichiano como Lowen, su nueva terapeuta utilizaba también ejercicios respiratorios, se fijaba en las resistencias de la armadura motora y se concentraba en los síntomas psicósomáticos como el estornudo, el tartamudeo y las hemorroides. Hicieron algunos progresos, pero cualquier analista que tratara de trabajar con Goodman tenía que hacer frente a un obstáculo insuperable: él quería dirigir. A la larga, ella sentía su influencia esencial en él, constatable en una modificación progresiva de su estilo de comunicación, es decir que él se volvía más paciente, más interesado por la experiencia detallada, y que trataba de llamar menos la atención. Muy rápidamente, la terapia se volvió didáctica, y después una especie de consulta mutua. Había empezado a tener pacientes él mismo.

Goodman dijo siempre que su propia carrera en tanto que terapeuta era simplemente el papel de aconsejar que siempre tuvo junto a sus amigos. La gente continuaba yendo a verle para saber su opinión y por eso le parecía razonable ser también profesional con respecto a su responsabilidad. Cuando se le preguntaba cuánto cobraba, contestaba “¿Cuánto cobra un buen electricista?” Para algunos observadores, era otro ejemplo de la increíble arrogancia de Goodman: nunca estuvo preparado ni

adaptado para una confianza así, ni siquiera para cobrar sólo 3\$ la hora. Con seguridad tenía en la memoria su reputación política y sexual, y nunca pensó mantener la relación analítica “pura”, sin sus contaminaciones. Lo que mantenía no era un sacerdocio ni una vocación profética. “Un hombre debería ser tan compasivo o tan prudente como sea posible en la sociedad, y no ser de otra manera con sus clientes. Si los otros esperan encontrarle diferente de su self ordinario, es su problema”.

En alguna parte en estos párrafos, nace la Terapia Gestalt. Un grupo de terapeutas, más o menos en torno a Fritz y a Lore, empezando a verse entre sí en su apartamento, para hablar de trabajo. Fritz lo convirtió en Instituto y empezó entonces un debate hasta la saciedad para saber si era necesario rendir cuentas. Poco tiempo después, hizo grupos de formación organizada, y una rama en Cleveland. Los seminarios eran sobre temas como “El problema de la memoria psicósomática” (Paul Weisz), “La clase en tanto que laboratorio para la psicoterapia” (Elliott Shapiro) y “La patología del discurso y de la escritura” (Goodman). Todo el mundo estaba de acuerdo en decir que Goodman era el "teórico" del grupo, mientras que Fritz era el "técnico". Durante estas reuniones mensuales en el Instituto, Goodman y Perls se llevaban la contraria a menudo, pero la mayor parte del tiempo Fritz estaba en Miami o en Los Angeles, ocupándose de su imperio en crecimiento. En todo caso, Goodman tenía a pesar de todo un grupo de iguales a los que podía consultar para su práctica. Le mandaron pacientes, excluyendo los casos de prepsicosis y otros casos con riesgo. Parecía ser considerado competente para ocuparse de una lista bastante amplia de neurosis; los que sentía demasiado frágiles, volvía a enviárselos a sus colegas. Algunos de sus amigos se transformaron de pacientes en estudiantes, una metamorfosis implícita en la terapéutica gestáltica.

El libro apareció en 1951, como un parto de nalgas se podría decir, ya que el editor insistió en que los ejemplos de “técnica” debían ir antes de la teoría, ya que los libros de “Cómo hacerlo” eran muy populares. Un conocido de Fritz, Ralph Hefferline había utilizado los ejercicios de Gestalt en sus cursos de Psicología en Columbia y anotó los resultados para el libro. Fritz estaba más entusiasmado con esto que Goodman; como eran *sus* técnicas, parecían demostrar que él era el autor real de “Terapia Gestalt”, cuando él no había escrito ni una línea.

Buscar un título al libro hizo surgir múltiples dificultades. Las técnicas de Fritz habían sido llamadas “terapia de concentración” en *Yo, Hambre y Agresión*, pero “concentración” no era un término-clave en la teoría. Lore sugirió “terapia existencial”, pero podían existir asociaciones populares con Sartre y Camus, y fue

rechazado como “demasiado nihilista”. “Terapia Gestalt” estaba justificado, pensaban ellos, por la construcción tomada de los psicólogos de Francfort, pero cuando los intermediarios enviaron el manuscrito a Köhler, este se quejó de que el contenido era algo “anodino”, se le hacia “casi trivial”, y no lo asoció seriamente con la tradicional Psicología de la Gestalt. Una vez más, un maestro poco dispuesto se opuso a unir su nombre con la reinterpretación audaz del trabajo de Goodman.

El intento de Goodman para convencer a Köhler de que el nombre estaba justificado, revela un poco la razón por la que sus héroes podían preferir a menudo tenerlo como enemigo. Después de haber admitido que “casi trivial” es “duro pero no injusto” si esto se aplica a la mitad del libro escrito por Hefferline (ya que se planteó alegremente la hipótesis de que era todo lo que había leído Köhler), continuó explicando como los psicólogos de la Gestalt tradicionales han cumplido sus objetivos principales pero “no los han planteado”, de tal manera que “Terapia Gestalt” no estaba fuera de la Psicología de la Gestalt “sino que era una contribución a esta psicología”. Esta bofetada helada en la cara es inmediatamente seguida de una cita indicando que Kurt Goldstein “trataba continuamente de llevarle la contraria...”, etc. Y como cita final para atraerse su gracia, explicó que, aunque los Perls habían tenido, los dos, “relaciones de piedad con la Gestalt”, ¡él debía su orientación a Husserl y a Dewey!

Tenía entonces realmente la intención de conseguir su beneplácito y en plena última frase, abandona la polémica: “Personalmente, dejadme agradeceros la influencia formadora de sus libros en mí, cuando era joven”. Ciertamente, es mucho mejor que su: “Sinceramente, Dr. Reich...” escrito cinco años antes, pero esto era más o menos lo mismo. Las piedades de Goodman jamás le mantuvieron a distancia de sus objetos. Creía verdaderamente en la doctrina de la Terapia Gestalt según la cual el crecimiento “necesita la destrucción de la forma existente en sus elementos asimilables, ya sea un alimento, una lectura, la influencia de un padre”.

Goodman sabía con seguridad, perfectamente bien, que la comparación mayor no se hacía de todas maneras con la Psicología de la Gestalt: la verdadera línea era “de Charcot a Freud, de Freud a Reich, y seguía así”. La Terapia Gestalt tenía intención de encontrar su lugar en esta tradición, suplantando a Freud y a Reich. Es lo que Goodman quería decir en su carta a Köhler cuando tuvo la audacia de predecir que “la Psicología de la Gestalt tradicional sacará más beneficio de nuestra utilización de este lenguaje de lo que nuestro libro va a sacar al ser llamado Terapia Gestalt”.

Goodman mantiene las ventajas de la Terapia Gestalt en numerosas ocasiones. La comparación más interesante de su teoría y de su método con los de Freud y Reich se encuentra quizás en sus notas de conferencias para las sesiones de formación que daba bajo los auspicios del Instituto, ya que aquí tenía a su audiencia más importante, los destructores y asimiladores potenciales de sus propias contribuciones. He aquí la reconstrucción de ese resumen.

El análisis tradicional freudiano de los síntomas, especialmente tal como se practicaba en 1950, tenía como meta una especie de conocimiento-de-uno-mismo que permitía al paciente vivir ajustado de manera feliz a las normas sociales; su técnica era interpretar todo el material que el paciente aportaba al analista; su único mandato era “no te censures”; uno por uno, los síntomas neuróticos eran seguidos hasta la infancia y exorcizados, dejando al adulto maduro dispuesto a ocupar su sitio en la sociedad, con todas sus pulsiones bajo control.

El análisis caracterial reichiano rechazaba las normas sociales porque eran neuróticas, y en su lugar colocaba un ideal de salud animal. En lugar de trabajar “con lo que surge” el terapeuta reichiano “ataca las resistencias” (que representan las avanzadillas de la sociedad neurótica en el carácter del paciente); la regla ya no era: “no te censures”, ya que el objetivo era “romper la censura” por entero, destruir la estructura caracterial neurótica, y encontrar la espontaneidad del niño. En lugar de “Conócete a ti mismo”, el slogan era: “Sé tú mismo”.

El problema con la terapia reichiana era que realmente abría una brecha en dirección al animal subyacente, sin darle al paciente nada a lo que poder aferrarse en las removidas del renacimiento instintivo. El cuerpo era traído a la vida como el monstruo de Frankenstein, sin un mundo en el que habitar o una visión del mundo para darle coherencia y dirección. George Dennison tenía la costumbre de decir que él podía reconocer a los pacientes de Reich por la calle, no tanto expandidos sino más bien a punto de estallar de salud animal, y mirando ansiosamente, frunciendo las cejas, en dirección a una explosión inminente. El acento puesto por los reichianos en la “ciencia” y la experimentación en laboratorio, era un intento de identificar una naturaleza humana fundamental, de manera que hubiera una teoría de la salud y algunos criterios de curación, pero el hombre es más que su fisiología, como los freudianos trataban de decir. Si el “Conócete a ti mismo” significaba ajustarse a la sociedad, “Sé tú mismo” significaba abandonar aquella parte del self que es social; era una manera de glorificarse con poderes verdaderamente no realizables en el mundo.

La Terapia Gestalt rechazaba los dos enfoques, ya que a uno le faltaba lo que el otro tenía. El problema del criterio de la salud (y en consecuencia el tema de la técnica: su qué trabajar) se resolvía reformulándolo. Si ni las normas sociales, ni los hechos fisiológicos podían aportar los fundamentos, entonces la terapia debía proceder con nuevas bases.

El impasse podría ser formulado como sigue: elegir vivir según las normas sociales, y convertirse así en “una persona bien ajustada”, o bien darle la espalda a la sociedad, se cultiva la propia salud animal, volviéndose entonces una especie de oso salvaje que vive en estado natural. Ya, desde el principio de la segunda guerra mundial, Goodman había contemplado con precisión este dilema, *Terapia Gestalt* no era el único libro, ni el psicoanálisis el único método a partir de los cuales entreveía una solución. En *The Dead of Spring* por ejemplo, el tercer volumen de *The Empire City*, escrito justamente antes de *Terapia Gestalt*, Goodman imagina una especie de caso paradigmático que tiene claramente el peso de la teoría psicoanalítica, así como el de la experiencia personal que está detrás. Su héroe, Horatio Alger, enamorado, parte repentinamente como una flecha, como K en *El Proceso*, para afrontar las misteriosas acusaciones de traición por su no participación en el orden social. El D. A. plantea el dilema que está en el centro del caso: “Si se aviene a nuestra sociedad, se enferma de una cierta manera. (Lo tengo como adquirido, ¿quién me lo puede negar?) Pero si no se aviene, se vuelve loco ya que solo existe nuestra sociedad. Este es el Dilema”

La respuesta de Horatio era “existencial”, a la manera recomendada por *Terapia Gestalt*: Compadeceos, presento a esta corte una prueba muy poderosa según la cual yo sería demente, deformado y destructor. Pero presento un hecho extraordinario que borra vuestro argumento. Estoy aquí, marcado por esta o aquella cicatriz, pero por una gracia ordinaria, que no se debe a mis hechos, estoy enamorado”

La defensa de Horatio no es una llamada al Potencial Orgásmico, el apetito animal sano que era la referencia para los reichianos, tampoco es una llamada al Amor Romántico, el talismán de los lectores de novelas, ni a la Caridad del Humanismo Cristiano. La fuente de su poder se desvela más bien como Eros (“el Arquero risueño”, como le llama el juez al final de esta escena: Horatio, Horacio, Eros, son sus nombres).

Para Goodman, Eros era el símbolo del poder de la naturaleza viviente en todos nosotros. “*Natura sanat*”, explica Horatio, “*La naturaleza cura. Lo que se nos pide es que estemos dentro del camino, para permitir un poco de libertad a las fuerzas*

regeneradoras (no a nuestras propias fuerzas), y en nombre del cielo, una suspensión, una suspensión de la presión patológica". La gracia de enamorarse ha sido acordada por Horatio ya que en su juventud estuvo en libertad, renegando de la sociedad enferma con la que los otros se conforman. Sabe como consultar su pulsión más profunda. Pero esto no es porque haya evitado el colegio, el trabajo, el ejército y las cárceles que la sociedad tenía preparadas para él, sino por que ha abandonado por completo la sociedad. De hecho, ha crecido en las calles, ha aprendido a leer con los títulos de los kioscos, ha tenido siempre un trabajo durante un cierto tiempo, ejerciendo el poder y haciendo su trabajo como Goodman lo aconsejaba en uno de sus ensayos políticos: "Vive en la sociedad actual como si fuera una sociedad natural".

Eros no es otra cosa que el self animándose con brillo, no el self separado de la sociedad, no el ego separado del ello, sino el self como interacción continuamente creadora entre el organismo y su entorno entero, comprendida aquí la sociedad. En términos gestálticos, el lugar de Eros era la "frontera-contacto" del organismo y del entorno. Un juego completo de alternativas a la terapia freudiana y reichiana: el objetivo no era ni el ajuste a las normas sociales, ni la relajación de los instintos animales, sino la integración continuada de los dos. No debería existir incompatibilidad de base entre lo instintual y lo social ya que son los presupuestos de la existencia humana. Pero si existe un mal ajuste, son las normas sociales las que deben considerarse en primer lugar, ya que son ellas las que se han apartado de la naturaleza.

Se podría examinar ahora por qué es indiferente para los terapeutas gestálticos no poderse apoyar en ninguna teoría concreta de la sociedad o del instinto para definir la salud: se han abastecido de un criterio autónomo, independiente de todas estas teorías, en la calidad de la gestalt en sí misma, el campo del contacto organismo/entorno: "*tiene propiedades específicas observables de brillo, de claridad, de unidad, de fascinación, de gracia, de vigor, de relajación, etc.*" Idealmente, cualquier gestalt debería constituirse en una figura viva, percibida sobre un fondo "vacío", no como sujeto de un *awareness* consciente de sí misma sino de absorción activa. Así, por ejemplo, "la máxima terapéutica clásica es 'el hombre sano siente sus sensaciones, el neurótico siente su cuerpo'" Es el significado de la defensa de Horatio durante su juicio en *The Dead of Spring*: A pesar de su fracaso para conformarse a las normas sociales, puede designar un criterio autónomo para su propia salud: está enamorado.

Manifiestamente, es una especie de fundamento teórico muy diferente de los pensamientos de Freud y de Reich para la psicoterapia. Los terapeutas gestálticos estaban de acuerdo con Freud en el hecho de que el objetivo era el ajuste creador (¿pero con qué normas?), y con Reich en la relajación de los instintos fuertes (¿pero según qué noción de la naturaleza humana?). Su respuesta era a la vez muy radical y muy conservadora. Era radical en el hecho de que abandonaba las teorías de la sociedad y la naturaleza humana a favor de evaluaciones ad hoc de la calidad de la vida en el momento presente del paciente (Consultad vuestra pulsión más profunda). Era conservadora en el hecho de que planteaba la hipótesis de que el trabajo del terapeuta (y del paciente) era “mantenerse en el camino”. Lo mejor que se podía hacer era lo más conservador de todo, nada: dejar al organismo regularse a sí mismo. La manera en que tomaron estas nociones más o menos al pie de la letra podía variar con la situación (Goodman tenía ciertamente sus teorías acerca de la sociedad y la naturaleza humana, así como sus puntos de vista sobre la manera de tratar mejor los casos individuales), pero lo que cuenta aquí es la descentración general de su pensamiento.

Es a la vez una psicoterapia taoísta y anarquista, y debería estar ya claro que la terminología gestáltica no es realmente crucial en base a su principal insight, el acento puesto en el contacto, *“la unidad irreductible del campo socio-cultural, animal y físico en cualquier experiencia concreta”*. Otra terminología sería más conveniente y los escritos de Kropotkin y Lao Tsé (y entre los psicoanalistas, sobre todo Otto Rank), eran tan importantes para la Terapia Gestalt como los de Köhler y sus colegas.

Finalmente, es aún más difícil establecer las contribuciones de Perls y de Goodman en esta amalgama. Si su historia anterior nos dice algo sobre la manera en que sus caminos llegaron a cruzarse, sus carreras posteriores revelan más de lo que habían comprometido en su colaboración. Los dos se hicieron célebres. Perls como terapeuta y guru del aquí y ahora., Goodman como crítico social y como moralista para los movimientos de la juventud. Curiosamente, de los dos, ciertamente Goodman es el que permaneció más fiel a las verdades que les llevaron a conjuntarse, incluso aunque no haya practicado la terapia durante mucho tiempo ni escrito mucho sobre el tema desde 1960. Perls fue de instituto en instituto, y sin renunciar totalmente a la Terapia Gestalt, la dejó muy atrás adoptando frenéticamente nuevas técnicas y nuevas tecnologías: grupos T y Sensitivity Training, la “hot seat”, “la silla vacía”, “lo que viene es”, “no decir nunca *es necesario*”, etc. Goodman por su parte nunca revisó la posición básica que había formulado en Terapia Gestalt, y de hecho, la mayor parte de su trabajo

posterior puede ser tomado simplemente como un intento de ser terapeuta en el sentido amplio, explorando los modos públicos y los medios de integración de las normas sociales y de los instintos animales, a veces sugiriendo lo que le gustaba llamar “proposiciones prácticas” para nuevos cambios sociales (como le gustaba encontrar para sus pacientes trabajo, citas, apartamentos), pero lo más a menudo llamando simplemente a la gente a mantenerse en el camino y a dejar a la naturaleza seguir su curso. *Natura sanat non medicus*.

Este artículo corresponde a la versión francesa de Taylor Stoehr, “Introduction aux essais psychologiques de Paul Goodman” publicado en la Revista GESTALT, nº 3 de la Société Française de Gestalt-thérapie, 1992, pp. 59-73 y ha sido traducido por Carmen Vázquez Bandín del Centro de Terapia y Psicología, Madrid, 1998